

Norton N° 59900 (1991)¹

Judee Norton (1949)

Los parlantes resuenan: “¡Atención en el patio, atención a todas las unidades!” ¡Norton, cinco-nueve-nueve-cero-cero, pida un pase y repórtese a la oficina del capitán inmediatamente! El sonido rebota en el patio, como boomerangs entre los edificios y mis oídos una y otra vez. Estoy parada fuera del aula, fumando y sudando en una tarde de verano a 45 grados, parpadeando al sol y me pregunto si este tipo de clima sería más disfrutable si estuviera tirada en una playa mexicana en bikini y luciendo una sonrisa, con un margarita helado en una mano y un buen porro delgado de índica en la otra. Cuando me aseguro de que definitivamente sería así, se escucha la citación.

Inmediatamente se me acercan de todos lados las compañeras internas para preguntarme: “Jude, ¿oíste que te citaron a la oficina del capitán?, ¿Qué pasa? ¿Por qué quiere verte el capitán?” Finjo indiferencia mientras le doy la última pitada al cigarrillo, luego con la habilidad que te da la práctica tiro la colilla a una de las latas de café pintadas de rosa.

“Quién carajo sabe,” respondo con el tono adecuado de displicencia. La voz me suena segura y firme, y eso me complace. Puedo sentir cómo la cara se me reacomoda en una máscara de altanera insolencia, se me levanta una ceja un cuarto de pulgada para indicar una indiferencia arrogante. Es mi intención mostrarme con aplomo, apacible, levemente divertida, y con un poco de aburrimiento. Estoy bastante segura de lograr esa apariencia.

Las entrañas me desmienten la mesurada calma externa. Se retuercen, rezongan y se agitan, amenazándome con arrojar el almuerzo a la vereda. El corazón me late demasiado rápido. Tengo la boca seca, la lengua se siente como una trucha en tierra revolcándose en ese lugar árido y foráneo. Me tiemblan las manos, las rodillas le pertenecen a una extraña, agradezco por primera vez el maldito calor que hace en Phoenix. Una fina película de sudor brilla en la cara de todas; quizás nadie se dé cuenta de que huelo a miedo.

Camino con arrogancia afectada para diversión de la multitud que se ha reunido alrededor, y me dirijo al control de la unidad sur para pedir el pase. Se me ocurre que voy a pedir permiso para ir a un lugar al que no tengo el menor deseo de ir, y largo una risita histérica. La oficial que lo expide me mira y dice: “Espero que todavía te parezca divertido cuando vuelvas, Norton.” Me encojo de hombros. El sendero que atraviesa el patio es largo, y lo hace más largo aún mi determinación de pasearme con toda tranquilidad bajo el escrutinio de cientos de miradas. Las puedo sentir sobre mí, casi puedo oír los pensamientos detrás de ellas:

“¡Pobre Jude!”

“... Ya era hora que esa santita hija de puta tenga su merecido.”

“Maldita sea, espero que no sean malas noticias...”

“¡Chicas, vean quién se ha metido en problemas!”

“Mieeerrrda...”

¹ Traducción de Gabriel Matelo para uso interno de la cátedra.

Con resolución golpeo la puerta de madera pulida con la placa de bronce que la anuncia como el Monte Olimpo del DOC². Dice CAPITÁN en grandes letras mayúsculas. Hijo de puta, pronuncio en silencio.

Luego de que pasa el tiempo suficiente para que me sienta pequeña e insignificante, una sargento gorda y grasienta abre la puerta. Está transpirada y arrugada a pesar de la cómoda frescura del aire acondicionado. Sin decir nada se aparta y sienta su mole desprolija junto a un escritorio plagado de formularios –solicitudes, pedidos, peticiones- plegarias de papel de parte de los miserables y los necesitados. Elige uno y lo mira dándose importancia por encima de sus anteojos para sol sucios, luego agarra una lapicera roja y pone una X grande e inconfundible en el casillero que dice DENEGADO. Me figuro una mirada de alegría maligna en sus rasgos grasientos y chatos.

Como no se me ha invitado a sentarme, sigo parada cerca de la puerta, sintiéndome incómoda y fuera de lugar. Entonces suena el teléfono. Levanta el tubo y dice: “¿Sí?”, y luego de unos segundos me mira y cuelga. Sacude la cabeza en dirección a la puerta por la que entré y dice: “Vuelva a salir un momento, si no le importa.” Fugazmente, me pregunto qué diría si yo respondiera: “Sí, *realmente* me importa; de hecho, me importa muchísimo; verás, afuera está más caliente que el pito del diablo, y preferiría *mucho más* quedarme acá dentro.” En vez, lo que realmente digo es: “Sí, por supuesto, no hay problema.” Y me mortifica sentir que me sonrojo.

Una vez afuera, se me ocurre que si esta es un arma psicológica y maliciosa, diseñada para descolocarme y ponerme en desventaja, resulta muy efectiva. Me siento humillada y en desgracia de una manera que no puedo identificar. Enciendo un cigarrillo y adquiero una cuidadosa postura de apatía indolente. Me meto los pulgares en el cinturón y a través del humo que remolinea delante de mi cara miro de costado con un aire que espero sea de una monumental despreocupación.

Finalmente la puerta se abre de nuevo y me lleva a las frescas profundidades de la antesala, y esta vez la sargento me indica con la cabeza que puedo proceder a la habitación siguiente, la cámara sagrada donde se sienta el capitán, entronizado detrás de la brillante amplitud de un escritorio de caoba. Está recostado hacia atrás en una silla giratoria de cuero marrón, moviendo una lapicera Cross entre sus manos sorprendentemente blancas. Es un gigante negro, puro dientes, manos de dedos largos y arrugas militares. Lleva el pelo muy corto a los lados y atrás, pero arriba le estalla en varias pulgadas, perfectamente chato y regular como si su peluquero usara una regla T. Me recuerda a los jardines del *Small World* de Disneylandia; parece un arbusto bien cuidado. Entonces me sonrío y brutalmente pienso que parece un vástago de *Arsenio Hall and Jaws*³. Me acerca una silla pequeña, elegida y ubicada cuidadosamente para que yo quede directamente enfrente de él y varias pulgadas más abajo. Me siento como una mendiga, postrada a los pies del rey. Me empeño en que no lo note. Le enfrento los ojos con una mirada fría de estudiada dignidad.

“¿Usted es Norton?”, pregunta.

No, idiota, pienso con furia, soy Smith, Jones, Appleby, Wellington, Madre Teresa, Doc Holliday, Jackie Onassis, cualquiera en el mundo excepto Norton, al menos por ahora, ¿no se da cuenta? En voz alta digo: “Sí, señor, soy Norton.”

² DOC (Department of Corrections): Departamento correccional del Estado de Arizona. [NdT]

³ Una cadena de hamburguesas cuyo propietario, afroamericano, se llama Arsenio Hall y la hamburguesa más grande que venden se denomina Jaws Hamburger. Con Jaws se hace referencia la película *Tiburón*. [Nota del traductor]

Cruje la silla cuando se endereza, agarra un trozo de papel y pretende estudiarlo. Sin mirarme, dice: “Norton, la llamé para hablarle acerca de la ac-ti-tud de su hijo,” y pronuncia las tres sílabas de manera enfática como si le estuviera hablando a una niña tonta.

“¿La actitud de mi hijo?”, repito sintiéndome exquisitamente estúpida.

Produce un bufido burlón, como para indicar que por supuesto ambos sabemos de qué está hablando y es malditamente estúpido de mi parte pretender que lo ignoro. Desconcertada, pregunto: “¿Qué actitud, señor?”

El capitán cierra los ojos y se recuesta de nuevo, moviendo la lapicera en sus manos. Cliquea contra los anillos.

“Parece que su hijo, Adam,” empieza con un aire de paciencia, “causa problemas cada vez que viene a visitarla. Mis oficiales me dicen que es grosero e irrespetuoso, un alborotador.” Abre los ojos y me mira con expectativa.

Me consterna advertir que me quedé boquiabierta, que me agarró desprevenida, por una vez en mi vida entera, sin habla. “¿Un alborotador, señor?”, digo, dándome cuenta, para mi desconcierto, que hasta el momento no he podido hacer otra cosa que repetir lo que me dice como un eco.

“A-pa-ren-te-men-te,” responde, dividiendo de nuevo la palabra cuidadosamente en sus sílabas, “un par de semanas atrás exigió que le dieran una explicación detallada del código de vestimenta para los visitantes. Y, según los reportes, el domingo pasado cuestionó la política que prohíbe que las internas o sus visitantes se sienten en el pasto.”

Se me cruza rápidamente la imagen de un informe oficial, completo con el Sello del Gran Estado de Arizona, titulado ALBOROTADORES, y veo el nombre de mi hijo estampado al comienzo de una larga lista. Sus pecados aparecen en letra roja: DEMANDA DE EXPLICACIONES y CUESTIONAMIENTO DE LA POLÍTICA. De repente y en contra de toda razón y prudencia, me surge un poderoso impulso de reírme y decir: “¿Me está cargando?” Pero logro reprimirlo y, en vez, digo: “¿Señor?” como si fuera una pregunta con mérito propio y el capitán me hiciera el favor de considerarla como tal.

“Su hijo, Adam,” dice con exagerada paciencia, “insiste en saber las razones para cada regla y regulación que el DOC impone, lo cual de ninguna manera tenemos la obligación de hacerlo. Él perturba el desempeño de los deberes de las oficiales.

Empiezo a odiar la manera en que pronuncia el nombre de mi hijo y siento los primeros indicios de ira. Los “deberes” de las oficiales a cargo de las visitas consisten en sentarse en una habitación oscura y fresca frente a una hilera de pantallas de TV de circuito cerrado y mirar al estacionamiento que parece un horno donde la fila de visitantes muertos de sed esperan el gesto mayestático de aprobación que les permita entrar a la institución. Sus “deberes” incluyen observarnos conversar con nuestro seres queridos, asegurándose de que no haya “besos prolongados”, ni juego de manos bajo las mesas, ni intercambio de nada excepto palabras. La tarea más ardua que desempeñan todo el día en el cumplimiento de sus “deberes” es inclinarse a inspeccionarme la vagina tras agacharme y toser y “abrir *bien* los cachetes” para la revisión después del fin de las visitas. No logro comprender de qué manera las preguntas de mi hijo interfieren en estos odiosos “deberes” y se lo digo.

La respuesta del capitán es brusca y es obvio que él también se están enojando. “Norton, no es su función determinar si se está interfiriendo o no con los deberes de las oficiales. *Su* función es asegurarse de que sus visitantes acaten el procedimiento.”

“Señor, ¿qué ‘procedimiento’ dice que mi hijo no puede hacer preguntas? En contra de mi mejor juicio, que hace rato ha desaparecido, me vuelvo desafiante. Una pequeña voz en la cabeza me dice: *sabihonda, ya metiste la pata*, y seguro que la voz es más sabia que yo, porque el capitán se pone de pie tan rápido que casi tira la silla. Se le acelera la respiración y le relampaguean los ojos.

Tan rápidamente como pierde la calma yo recupero la mía, y desde algún lugar en lo profundo de mi interior que pensé me estaba vedado para siempre, siento que me invade la audacia. Me pongo de pie también y lo encaro directamente y sin pestañear, una leona intrépida defendiendo su cachorro. Es una sensación que no durará.

“Siéntese,” me ordena.

Me siento.

Un poco después se sienta él cruzando una pierna sobre la otra enfundadas en su elegante traje y agarra la ubicua lapicera de nuevo. “Cuénteme,” dice con simpatía, “lo que pasó con el incidente de los blue jeans hace dos semanas.”

“Lo que ocurrió, señor,” comienzo, recuperando la razón, “es que mi hijo vino a visitarme vestido con jeans Dockers grises, ya sabe, pantalones informales masculinos, y le dijeron que no podía verme porque no acataba el código de vestimenta que especifica: “prohibido los blue jeans.” Comprensiblemente él se enojó, y pidió que se consultara a una autoridad superior.”

“¿Y lo hicieron?”

“Sí, señor, alguien llamó a la OIC⁴, pero no quiso responsabilizarse por la decisión; a su vez, ella llamó a una teniente que finalmente se lo permitió.”

“De modo que *sí* fue admitido,” dice el capitán, en un tono que implicaba que, después de todo, todo el asunto era discutible y por qué diablos estaba yo tan agitada.

Entrando en calor y sin gustarme nada la mirada de petulante auto-satisfacción en su cara, dejo de lado toda precaución, me tiro de cabeza y lanzo los torpedos, con el diablo empujándome en la retaguardia. Abandono toda pretensión de civilidad y pierdo el instinto de auto-preservación.

“Sí, fue admitido de todos modos,” digo, sin hacer el intento de disfrazar mi disgusto. Noto con retraimiento que las manos y los brazos se me han unido con valentía al discurso y están describiendo con modos agudamente elocuentes en el aire, puntuando mi creciente furia y subrayando mi pasión. El timbre y el tono de mi voz han cambiado y las palabras me borbotean imparable. “Fue admitido, señor, veinte minutos enteros antes del fin de la visita, luego de haber viajado en el ómnibus sucio y hediondo que recorre el largo camino desde Tempe, y de que se lo haya dejado parado bajo el sol ardiente durante tres horas y media sin una pulgada cuadrada de sombra y sin que se le ofreciera ni un sorbo de agua. Fue admitido luego de que rogó, suplicó, chupó las medias, y trató de razonar con cada camisa marrón ignorante de este penoso lugar. Fue admitido luego de señalarle repetidamente a cada cretina con insignia disponible que sus *pantalones* grises, plisados, con bolsillos, botamanga, plisados y arrugados, ciento por ciento algodón, no eran, de hecho, ni ‘azules’ ni ‘jeans’, y por tanto, no violaban el código que prohíbe los ‘blue jeans’. Fue admitido tras ser reprendido como un escolar travieso por esa perdedora que es la sargento, luego de que lo llamaran inmaduro, impaciente, infantil, y demandante, luego de que lo amenazaran con echarlo del edificio,

⁴ Oficial a cargo. [Nota de Norton]

luego de someterlo a un juicio escandalosamente erróneo acerca de sus *pantalones*, señor. ¿Irrespetuoso? Oh, espero que sí. Con todo respecto, señor, espero en el nombre de Cristo que haya sido irrespetuoso con ellas.”

Para entonces, ya estoy temblando de ira. Me acuerdo del rostro quemado por el sol de mi hijo de piel clara. Me acuerdo de la mirada horrible en sus ojos color del cielo, esa brillantez líquida que traiciona a un chico al borde de la hombría que trata de no llorar. Me acuerdo de mi propia incapacidad de dar explicaciones, de clamar, de curar como lo hacen otras madres, como deben hacerlo, porque si no lo hacen ellas, ¿quién?

Resulta una falta seria no haberme dado cuenta antes de las manchas gemelas de color que se han deslizado por las mejillas del capitán. En su piel de ébano son del color de la sangre seca, y los ojos se le disparan y me arrojan chispas. Una vena le late en la sien izquierda. Me surge una imagen abrupta de mí misma cortándome la lengua con el abrecartas y dejándola simplemente caer de un golpe sobre el escritorio a modo de expiación. Demasiado tarde.

“Norton,” dice lentamente, “me queda claro de dónde saca su hijo esa actitud.” Noto que no divide las palabras en partes. Se golpea el mentón pensativamente con la lapicera. “En mi opinión, para la continuidad de la seguridad operacional de esta institución, será necesario suspender las visitas de su hijo hasta nuevo aviso. Quizás solo necesite un tiempo lejos de usted para que aprenda a lidiar con el hecho de su encarcelación de una manera madura y sensata. Un período de ajuste de actitud.” Sonríe.

Se me sacude el corazón, y siento que se me colorean las mejillas al mismo tiempo que se aclaran las suyas. “Señor,” digo, odiando el sonido tembloroso y desesperado de mi voz, “seguro que no está diciendo que ya no puede volver a verme.” Me oigo el tono humilde y suplicante y me desprecio por ello. “Por favor,” digo, estrangulando la palabra.

Habiendo recuperado su equilibrio, el capitán se sienta derecho en la silla y se permite una sonrisa más ancha. “Eso es pre-ci-sa-men-te lo que digo, Norton.” Una vez más en control, ha vuelto a tajar las palabras. Lo odio por eso.

Me consume una ira impotente, lucho contra el impulso aplastante y poderoso de levantarme y golpearle esa cara superior hasta convertirla en pulpa de irreconocibles huesos salientes y carne rasgada. El deseo es tan intenso que resulta palpable. Puedo oír el crujido sordo y húmedo del cartílago, puedo sentir los sesos calientes y resbaladizos ente los dedos, puedo oler el cobre oscuro de su sangre, puedo verla salpicada en las paredes, la alfombra, el escritorio, mi cara, mi pelo, carmesí y gozoso.

Me siento aturdida y conmovida por la imagen. Me siento un rato aferrándome al fondo de la silla con un horror de nudillos blancos. Luego empujo suavemente la silla hacia atrás, como una mujer que se prepara a disculparse por dejar la mesa y digo en voz baja: “¿Puedo retirarme, señor?”

“Por supuesto,” contesta el capitán, siempre un anfitrión cortés. Me sonrío. No devuelvo la sonrisa.

Con la gracia y la compostura acorazada que me ha salvado de la humillación desde la temprana infancia, sostengo la cabeza recta y salgo a la oficina exterior bajo la mirada inquisitiva de la sargento de turno. Cierro la gran puerta en silencio, y desapercibida, doy la vuelta a la esquina del edificio.

Me apoyo en la pared ardiente por el sol y lucho contra una hueste de emociones a las que no les puedo poner nombre. Siento que la pared me quema los hombros a través de la camisa azul de trabajo. De repente, las rodillas pierden completamente su capacidad de sostenerme. Se me doblegan y me deslizo sin huesos por la pared, haciendo caso omiso de la manera en que su superficie pedregosa me raya la espalda. Tengo los dientes apretados pero los labios aparte y en una mueca descendente. A través de ellos sale un horrible sonido de lamento que no reconozco. Los ojos me pican con la amenaza de lágrimas no bienvenidas, les ruego en silencio que no me traicionen. Pero sí, traidoras; y una gran lavada de lágrimas se me derrama sin obstáculos por las mejillas, el mentón, el regazo, un diluvio de ellas, acumuladas todos esos años en que llorar era signo de debilidad y ser débil era volverse víctima. Apoyo la frente en las rodillas y dejo caer las manos sueltas al cemento abrasador, como armas inútiles que no disparan cuando hay tanto en juego. Apenas soy consciente de que lloro de la manera desconsolada en que lo hace una niña pequeña, una suerte de uh-uh-uh-uh-uh sin aliento, al que se le suma los mocos en la boca. Me siento desnuda y herida, desguarnecida de pena y desesperanza.

Finalmente ya no oigo los sonidos de mis propios sollozos. Vuelvo la cabeza a un lado y siento que el sol comienza a evaporarme las lágrimas, dejándome la cara tirante y seca. Me escupo la punta de los dedos y me froto las huellas que dejaron, me sueno la nariz en la manga y saco un pequeño peine del bolsillo trasero. Me quito los anteojos de sol de la cabeza y paso el peine enérgicamente a través del pelo apelmazado y húmedo, y me pongo de pie. Derecha. Alta. Con los hombros hacia atrás. El mentón erguido. Me pongo los lentes oscuros y el manto de prisionera dura en el alma.

Me paseo despreocupada y doblo la esquina, paso junto a la puerta marcada CAPITÁN, hacia el patio. Una conocida se me acerca y me pregunta con un susurro agitado: “¿Y? ¿Qué pasó ahí dentro?”

Inmediatamente se le unen una segunda y una tercera y una cuarta, todas ansiosas, y hacen preguntas. Estoy cómoda ahora. Este es mi entorno, aquí es donde sé exactamente qué se espera de mí, cómo comportarme precisamente, qué hacer y qué decir. Con desenfado, me meto ambas manos en los bolsillos traseros del Levi y dejo que una mueca desdeñosa se adueñe de mi cara.

“Que se vaya a la mierda,” digo con desprecio. “No puede tocarme esta.”

Todas reímos.

Norton #59900 (1991)

Jude Norton (1949)

“Attention on the yard, attention in the units! Norton, five-nine-nine-zero-zero, obtain a pass and report to the captain's office immediately!” the public address speakers boom. The sound bounces around the yard, boomerangs between the buildings and my ears again and again. I am standing outside the schoolroom, smoking and sweating in the 112-degree summer afternoon, squinting at the sun and wondering idly whether this kind of weather would be more enjoyable if I were lying on a Mexican beach wearing only a string bikini and a smile, holding a frosty margarita in one hand and a fine, slender stick of Indika in the other. I have just decided that it most definitely would be when the summons comes.

At once I am approached from every direction by fellow inmates asking, “Did you hear them call you to the captain's office, Jude?” and, “What's going on? Why does the captain want you?” I feign indifference as I take a long final drag of my cigarette, then flip the butt with practiced skill into one of the pink-painted coffee cans nearby.

“Who the fuck knows,” I respond with just the right degree of flippancy. My voice is sure and steady, and that pleases me. I can feel my face rearranging itself into a mask of haughty insolence, a half-sneer claims my mouth, one eyebrow hitches itself a quarter-inch upward on my forehead to indicate arrogant disregard. It is my intention to appear poised, untroubled, faintly amused, and slightly bored. I am quite sure I achieve such a look.

My guts belie my measured outward calm. They twist and grumble and roil, threatening to send my lunch to the sidewalk. My heart is beating much too fast. My mouth is dry, my tongue feels like a landed trout thrashing about in that arid, alien place. My hands are trembling, my knees belong to a stranger, I am grateful for the first time ever that it is so goddamn hot in Phoenix. Everyone glistens with a fine film of perspiration; perhaps no one will notice that I smell of fear.

I affect a hip-slung swagger for the amusement of the gathered crowd, and head for south unit control to ask for a pass. It strikes me that I am asking permission to go to a place I haven't the faintest glimmer of desire to go to, and I giggle. The officer issuing my pass looks up at me and says, “Hope you still think it's funny when you get back, Norton.” I shrug. The walk across the yard is a long one, made longer by my determination to stroll casually under the scrutiny of a hundred watching eyes. I can feel them on me, can almost hear the thoughts behind them:

“Poor Jude!”

“... 'bout time that goody-goody bitch got hers.”

“Damn, hope it ain't bad news ...”

“Gir'fren', please, look who be in trouble now!”

“Sheee-it...”

I knock purposefully at the polished wooden door with the brass plate that announces this as the Mount Olympus of DOC. CAPTAIN, it says in big carved block letters. Fuck you, I mouth silently.

After just enough time has elapsed to make me feel insignificant and small, the door is opened by a fat, oily sergeant. She is damp and rumpled in spite of the cool, air-conditioned comfort of the room. She turns wordlessly from me and installs her sloppy bulk at a desk littered with forms—applications, requests, petitions—paper prayers from the miserable and needy. She selects one and peers importantly at it over the tops of her smeary glasses, then picks up a red pen and makes a large unmistakable X in a box labeled DENIED. I imagine a look of malignant glee on her greasy flat features as she does it.

Having not been invited to sit, I am still standing near the door, feeling awkward and displaced, when the phone rings. She picks up the receiver, says, “Yeah?” into it, and after a moment looks at me, nods, and replaces it. She jerks her head in the direction of the door through which I have just come and says, “Go back outside for a minute, if you don't mind.” Fleeting, I wonder what she would say if I responded, “Oh, but I *do* mind, I mind very much, in fact; it's hotter than the devil's dick out there, you see, and I *so* much prefer it inside.” What I actually say, though, is, “Oh, sure, no problem,” and am mortified to find myself blushing.

Once outside, it occurs to me that if this was sly, psychological weaponry, designed to unseat and disadvantage me, it is quite effective. I feel humiliated and disgraced in a way I cannot identify. I light a cigarette and arrange my limbs carefully into a posture of indolent apathy. I hook my thumbs in my belt loops and squint with what I hope is an air of monumental unconcern through the smoke that curls up into my face.

At last the door opens again, and I am ushered into the cool depths of the anteroom, and this time I get a nod from the sergeant to proceed into the next room, the sacred chamber where sits the captain, enthroned behind a gleaming expanse of mahogany desk. He is leaning back in a maroon leather swivel chair, rolling a gold Cross pen between his startingly white palms. He is a black giant, all teeth and long-fingered hands and military creases. His hair is cut very short on the sides and back, and the top flares out and up several inches. It is decidedly and perfectly flat on top, as though his barber used a T-square. I am reminded of the enchanting topiary at Disneyland's Small World; he appears a well-tended shrub. Then he smiles at me and I think to myself viciously that he looks like the offspring of Arsenio Hall and Jaws. He motions me to a small chair, carefully chosen and placed so that I am directly in front of him and several inches lower. I feel like a beggar, prostrate at the foot of the king. I am determined that he should not know this. I meet his gaze with a cool look of studied dignity.

“You're Norton?” he asks.

No, you moron, I'm Smith, Jones, Appleby, Wellington, Mother Teresa, Doc Holliday, Jackie Onassis, anyone in the world besides Norton, at least I'd like to be right now, dontcha know, I think wildly. Aloud, I say, “Yes, sir. I'm Norton.”

The chair creaks as he leans forward and picks up a piece of paper, pretends to study it. Without looking at me, he says, “Norton, I called you in to talk to you about your son's at-ti-tude,” pronouncing all three syllables distinctly as though to a slow child.

“My son's attitude?” I repeat, feeling exquisitely stupid.

He gives a derisive little snort, as though to indicate that of course we both know what he's talking about and it's damned silly of me to pretend ignorance. Bewildered, I ask, "What attitude, sir?"

The captain closes his eyes and leans back again, rolling the gold pen in his hands. It clicks annoyingly against his rings.

"Your son, Adam," he begins with an air of great forbearance, "seems to cause a problem every time he comes to visit you. My officers tell me that he is rude and disrespectful, a troublemaker." He opens his eyes and looks at me expectantly.

I am dismayed to notice that my mouth is agape, that I have been caught so unawares as to be, for one of the very few times in my entire life, speechless. "A troublemaker, sir?" I say, realizing with no small degree of consternation that thus far I have only managed to echo what has been said to me.

"Ap-par-ent-ly," he replies, again dividing the word carefully into all its syllables, "he demanded a full explanation of the visitor's dress code a couple of weeks ago. And last Sunday, according to the report, he questioned the policy that forbids inmates or their visitors to sit on the grass."

I have a quick vision of an official report, complete with the Seal of the Great State of Arizona, titled TROUBLEMAKERS, and can see my son's name emblazoned at the top of a long list. His sins are red-lettered: DEMANDING EXPLANATIONS and QUESTIONING POLICY. Suddenly and against all reason and prudence, I have a powerful urge to laugh, to say, "You're kidding, right dude?" But I fight it and win, and say instead, "Sir?" as though it were a question in its own right, and the captain obliges me by treating it as such.

"Your son, Adam," he says with exaggerated patience, "insists upon knowing the reason for every rule and regulation DOC imposes, which we are in no way obligated to provide to him. He disrupts my officers in the performance of their duties."

I am beginning to hate the way he says my son's name, and I feel the first stirrings of anger. The visitation officers' "duties" consist of sitting in a cool, dark room with a bank of closed-circuit TV screens, looking out onto the baked parking lot where a line of parched visitors wait for the regal nod of approval that will allow them entry into the institution. Their "duties" include watching us chat with our loved ones, making sure that there is no "prolonged kissing," no hanky-panky under the tables, no exchanging of other than words. The most arduous task they will perform all day in the fulfillment of their "duties" is bending over to inspect my vagina after I squat and cough and "spread those cheeks *wide*" for a strip search at visit's end. I fail to comprehend how my son's questions interfere with these odious "duties," and I say so.

The captain's response is brusque, and it is obvious that he, too, is becoming annoyed. "It is not your place, Norton, to determine whether or not the officers' duties are being interfered with. It *is* your place to ensure that your visitors comply with procedure."

"What 'procedure,' sir, says that my boy can't ask questions?" I challenge, against my better judgment, which has long since flown. A little voice inside my head says, *Oh boy, now you've done it, you smartass*, and the voice is surely smarter than I am, for the captain stands up so fast he nearly topples his chair. His breath is coming fast and his eyes blaze.

As quickly as he is losing his calm, I am gaining mine, and from some place deep inside I thought was forever closed to me, I feel a surge of fearlessness. I stand also, and face him squarely and unblinkingly, an intrepid lioness defending her cub. It is a sensation that will not last.

“Sit,” he commands

I sit.

A moment later, he sits, crossing one elegantly trousered leg over the other and picking up the ubiquitous gold pen again. “Tell me,” he says congenially, “what happened in the blue jeans incident two weeks ago.”

“What happened, sir,” I begin reasonably, “is that my son came to visit me wearing a pair of gray Dockers, you know, men's casual pants, and he was told that he could not see me because he was not in compliance with the dress code that specifies 'no blue jeans.' He was understandably upset, and asked that a higher authority be consulted.”

“And were they?”

“Yes, sir, someone called the OIC,⁵ who didn't want to take the responsibility for a decision; she in turn called the lieutenant, who ultimately allowed him in.”

“So he *was* admitted,” the captain says, in a tone which implies that, after all, the whole point is moot, and why ever in the world am I so agitated about it?

Warming to my subject, and not liking one bit the look of smug self-satisfaction on his face, I throw caution to the winds, full speed ahead and damn the torpedoes, devil take the hindmost. All pretense of civility leaves me, my instinct for self-preservation is gone.

“Oh, he was admitted all right,” I say, making no attempt to disguise my disgust. I note with detachment that my hands and arms have bravely joined the recitation and are describing sharply eloquent shapes and forms in the air, punctuating my mounting fury, underlining my passion. The pitch and timbre of my voice have changed and the words rush from me, unstoppable. “He was admitted, sir, twenty whole minutes before the end of visitation, after taking a filthy stinking city bus all the way from Tempe and being allowed to stand in the blazing sun for three and a half hours without a square inch of shade or so much as an offer of a drink of water. He was admitted after he begged, pleaded, cajoled, and tried to reason with every know-nothing brownshirt in this whole sorry place. He was admitted after repeatedly pointing out to every available cretin with a badge that his gray, pleated, slash-pocketed, cuffed, pleated and creased, one-hundred-percent cotton *slacks* were, in fact, neither 'blue' nor 'jeans' and therefore did not violate the 'no blue jeans' rule. He was admitted after being chastised like a naughty schoolboy by that loser of a sergeant, after being called immature, impatient, juvenile, and demanding, after being threatened with dismissal from the premises, after being subjected to an outrageously erroneous judgment call on his goddamn *pants*, sir. Disrespectful? Oh, I hope so. With all due respect to you, sir, I hope to Christ he was disrespectful to them.”

By this time, I am shaking with rage. I am remembering my fair-skinned boy's sunburned face. I am remembering the awful look in his sky-colored eyes, that bright liquidity that tells of a boy perched on the brink of manhood, trying not to cry. I am

⁵ Officer in charge [Norton's note].

remembering my own inability to explain, to soothe, to mend as mothers do, as they must, for if not they, who?

It is an omission of some seriousness that I did not notice earlier the twin spots of color that had crept to the captain's cheekbones. On his ebony skin they are the color of dried blood, and his eyes snap and sparkle at me. There is a vein pulsing at his left temple. I have an abrupt vision of myself cutting out my tongue with his letter opener and simply leaving it flopping about on his desk in expiation. Too late.

"Norton," he says slowly, "it is clear to me where your son got his attitude." I notice that he does not divide his words into all their separate parts for me now. He taps his chin thoughtfully with the pen. "It is my feeling that for the continued secure operation of this institution, it will be necessary to discontinue your son's visits until further notice. Perhaps he only needs time away from you to learn to deal with the fact of your incarceration in a mature and sensible manner. An attitude adjustment period." He smiles.

My heart lurches and I feel the color staining my own cheeks even as it leaves his. "Sir," I say, hating the quavering, desperate sound of my voice, "surely you're not saying he can't come to see me anymore." I can hear the humble, supplicating tone I use, and I despise myself for it. "Please," I say, strangling the word.

Having regained his equilibrium, the captain sits up straight in the chair and allows a wider smile. "That is pre-cise-ly what I am saying, Norton." In control, once more, he has gone back to hacking his words apart. I hate him for that.

I am consumed by impotent rage, I wrestle with a crushing and mighty urge to rise and beat that superior face of his into a bleeding pulp of unrecognizable jutting bones and torn flesh. The desire is so intense as to be palpable. I can hear the dull wet crunch of gristle and cartilage, can feel his warm slippery brains between my fingers, can smell the dark coppery odor of his blood, can see it splashing up, up, onto the walls, the carpet, the desk, my face, my hair, crimson and joyous.

I am dazed and shaken by this vision. I sit for a moment gripping the chair bottom with white-knuckled horror. Then I push the chair back gently, like a woman preparing to excuse herself from the dinner table and say softly, "May I leave, sir?"

"Certainly," replies the captain, ever the gracious host. He smiles at me. I do not return the smile.

With the grace and ironclad composure that have saved me from humiliation since early childhood, I hold my head high as I walk through the outer office past the inquisitive stare of the duty sergeant. I close the big door quietly, and slip unnoticed around the corner of the building.

I lean against the sun-baked wall and struggle with a host of emotions I cannot put name to. I feel the wall burning my shoulders through my blue workshirt. My knees become suddenly and utterly incapable of supporting me. They fold up and I slide bonelessly down the wall, heedless of the way its pebbled surface scrapes at my back. My teeth are clenched, but my lips part and turn downward. From them comes an awful keening sound I do not recognize. My eyes sting with the threat of unwelcome tears, I beg them silently not to betray me. But they do, traitorous things, and a great wash of tears pours unchecked down my cheeks, off my chin, into my lap, a flood of them, pent up all those years when to cry was a sign of weakness and to be weak was to be a victim. I lay my forehead on my knees and drop my hands loosely to the blistering

cement beside me, like useless weapons that would not fire when so much was at stake. I am dimly aware that I am crying in the brokenhearted way of a small child, a sort of hitching and breathless uh-uh-uh-uh-uh, complete with snot running down into my mouth. I feel naked and wounded, unmanned by grief and hopelessness.

Finally I can no longer hear the sounds of my own weeping. I turn my head to one side and feel the sun begin to evaporate the tears, leaving my face tight and dry. I spit on the fingertips of my hands and scrub away the trails they left, wipe my nose on my sleeve, and pull a small black comb from my back pocket. I take my sunglasses from the top of my head and run the comb briskly through the matted and dampened strands and stand up. Straight. Tall. Shoulders back. Chin up. I put the dark glasses on my face and the mantle of hard-ass prisoner on my soul.

I saunter nonchalantly around the corner, past the door marked CAPTAIN, onto the yard. An acquaintance approaches me and asks in an excited whisper, "So, what happened in there? What's up?"

She is immediately joined by a second and a third and a fourth, all eager, questioning. I am comfortable now. This is my milieu, this is where I know exactly what is expected of me, precisely how to behave, what to do and say. I shove both hands jauntily into the hip pockets of my Levi's and allow a disdainful grin to own my face.

"Fuck him," I say with contempt. "He can't touch this."

We all laugh.